**FAMILIA, COMUNICACIÓN Y EDUCACIÓN**

Por mucho tiempo, instituciones como la familia y la escuela, son reconocidas como escenarios importantes que posibilitaban la socialización y las relaciones humanas, los cuales desarrollaban un vínculo que construía la identidad de cada persona. Actualmente, la Sociedad ha cambiado a pasos agigantados y con excesiva velocidad, encontrándonos con una pluralidad de culturas y personas, resultando complejo la forma de entendernos puesto que no hacemos el esfuerzo necesario para ello (Langford 2015, pp 7), trayendo consigo, además, la descomposición y languidecimiento de los vínculos en las comunidades y las relaciones (Bauman 2004, pp 173) lo que da paso a un desierto en que sólo habita la indiferencia y la apatía, creciendo de manera importante en otros espacios sociales (Lipovestky 2006, pp 35).

Se aprecia, en el interior de las aulas, estudiantes que les cuesta tremendamente poder relacionarse con sus pares: no saludan, estallan en pataletas, gritan con furia, desafían al que este enfrente suyo, se aburren con facilidad, o se frustran cuando no ganan, por ejemplo (Langford 2014, pp 19 - 30), generándose un distanciamiento entre los estudiantes, los docentes y los apoderados.

Nadie quiere perder. En esta batalla, el adulto busca que el niño sea feliz, que no sufra sus mismos pesares, empero, sin compromiso y sin estar presente.

En este contexto de apatía, se puede observar un estudiante centrado en sí mismo, aislado de lo que ocurre a su alrededor, escéptico, de atención dispersada, narcisista, indiferente, que busca su propio espacio personal en el que no sea interrumpido y sólo conectado a través de las redes sociales (Lipovestky 2006, pp 39)

Desde esta mirada se puede visualizar una educación en que sus actores no tienen un diálogo común: los jóvenes hablan un idioma que está lleno de signos y elementos propios de su tiempo; los padres, por otra parte, intentan ser amigos de sus hijos buscando un discurso extremista, que oscila entre el polo conciliador y el descontrol, sin punto medio; y los docentes, los cuales tratan de mediar lo que deben enseñar versus la importancia que tiene el alumno en el proceso de enseñanza y aprendizaje (sus emociones, sus sentimientos, sus anhelos…), el cual genera, en estos tres actores, desencuentros, desconfianza y desvinculación lo que se traduce en un estilo de vida individualista y competitivo.

Considerando lo expuesto, la inquietud que surge es ***¿existe algún elemento que les permita a las personas vincularse? ¿Será posible volver a valorar la familia y la escuela como instituciones vinculantes con el medio social?***

Ante estas interrogantes, debemos considerar una característica de la sociedad actual, de libre mercado, donde el consumo ocupa un rol protagónico. Aquel, emerge en el horizonte como un gigante atractivo el cual incita al ser humano a establecer un estilo de interacción en los templos en lo que se han convertido los centros comerciales, adoptando y concibiendo al resto de las personas como objetos de consumo, de la misma manera que las relaciones en sí, siendo parte de una comunidad que no lo es en realidad (Bauman 2004, pp 109). Trasladando esta situación a las aulas, los estudiantes están permanentemente moviéndose en ese modelo de conducta, sobre todo los que les presentan los medios de comunicación social, promoviendo estilos de vestuarios, peinados, artefactos o temas de conversación, buscando ser parte de “algo” que no saben bien que es, pero que, sin embargo, buscan ese sentido con la expectativa de encontrar esa pertenencia.

Ante este panorama, me surgen algunas interrogantes: ***¿Será posible que el sistema educativo valore más las relaciones que se construyen al interior de las comunidades educativas que los resultados académicos con los cuales son medidos los estudiantes? ¿Podrá haber congruencia entre la importancia de que las docentes y estudiantes aprendan a trabajar en equipo por sobre el desempeño individual que obtengan?***

Al observar estas situaciones, podría señalar una posible respuesta: las políticas de gobierno han impulsado propuestas, algunas en relación a garantizar el derecho de las personas a ser educadas, como la ley de inclusión (ley 20845), pero por otra parte, muchos de estos esfuerzos están cifrados en los resultados que los estudiantes obtienen en las distintas pruebas estandarizadas (Simce, PSU, PISA) lo que se condice con lo que se declara: queremos que todos los estudiantes tengan educación de calidad, no importa su condición, por un lado, y por otro, se le exige que tenga resultados con una medida igual para todos.

Por otra parte, un aspecto obviado por la FID (Formación Inicial Docente) cuando se declara lo que se espera de un docente competente tiene relación con la formación humana, entendida como “el desarrollo de hábitos y valores que impactan en el desarrollo personal y social del individuo” (Langford 2015, pp 114) en las mallas de las carreras de pedagogía, en que no se ha considerado que el docente debe poseer un bagaje que le permita poder relacionarse con sus estudiantes y generar el clima de aula que tanto espera los lineamientos del Marco para la Buena Enseñanza (Ley 19961, sobre Evaluación Docente).

Esto conlleva a mucha confusión, puesto que, por un lado, se exige que el docente propicie espacios, tanto en aula como con sus pares, de trabajo colaborativo, desplegando todas aquellas “habilidades blandas” (Valdebenito, 2013) que le permitan desarrollar un trabajo de mejor calidad, considerando, por lo demás, que es uno de los elementos más requeridos por parte de las empresas, pero que, sin embargo, no se produce en el grado en que se quisiera en el aula.

En este espacio de interacción, donde están vertidas muchas buenas voluntades, se aprecia como la seducción, la cual se presenta como un proceso de personalización en que el individuo tiene la posibilidad de elegir entre una multiplicidad de ofertas (Lipovestky 2006) exacerba ese afán de diversión y de placer personal, en que el modelo del narcisismo se replica en la sala de clases, no permitiendo negociación, esfuerzo ni solidaridad (p. 19). Los estudiantes se muestran cada vez más desapegados, indolentes frente al dolor del otro, preocupados por el fin (obtener una buena calificación) pero sin importar la forma en que fue obtenida (copia, trampa) generándose unos valores y una lógica de conducta que no posibilita una vinculación profunda y verdadera con las personas.

Tampoco hay espacio para la comprensión: aquí sólo está presente el Yo que quiere ser escuchado, desahogarse con todo lo que le ocurre, pero no quiere escuchar a nadie más que a sí mismo. De esa forma, la incomprensión gana terreno, la responsabilidad se convierte en un ente inexistente. Morín (1999) lo señala cuando se refiere a que se está perdiendo la noción de lo global, de pertenecer a una comunidad, donde la persona sólo se compromete con su propia tarea, debilitándose, de este modo, la solidaridad lo que lleva a desvincularse del resto de las personas (p. 18).

Por otra parte, las redes sociales son, hoy por hoy, el elemento con que las personas más interactúan, no sólo porque pueden conversar a través de cualquier dispositivo, sino por el estilo que se está tejiendo a través de él. Cada quien declara lo que desea, sin considerar ningún filtro, sin ninguna consideración, reemplazándose el cara a cara por los video llamadas y donde los emoticones son el medio de expresión de las emociones.

El diálogo ha quedado relegado a ciertos espacios y con una corta duración. Nuestros jóvenes no saben conversar y los padres han caído en el mismo vicio, no pudiendo mediar ni entender lo que quieren decir, reemplazando la palabra por un mensaje en Facebook o Whatsapp, y los adolescentes lo notan, descalificando el actuar de sus padres pues observan esa falta de coherencia que no les permite crecer ni ser lo suficientemente autónomos (Langford 2014, pp 90), en que el discurso que reciben es “Ser el Mejor”, lo que implica ser exitoso y evitar a toda costa ser un fracasado (Langford 2015, pp 27).

En este sentido, Morín (1999) apunta a que la comunicación no siempre conlleva a comprensión, y que esa comprensión intelectual que es tan necesaria para conocer el mundo, también necesita de esa dimensión humana intersubjetiva, la cual le da sentido a lo que sucede con el otro, vinculándome con él, dando paso a un proceso de identificación y proyección, donde actitudes como la generosidad y la apertura se instalan en la persona (p. 50 -51)

Ahora bien, después de lo expuesto, y considerando las preguntas que señale al inicio de mi exposición, puedo concluir que lo que le permitiría a las personas vincularse de una manera efectiva sería desde la honestidad.

La vinculación requiere tiempo, no es algo que se produzca por obra de magia, por lo cual el esfuerzo que se invierta en generar instancias para desarrollar habilidades blandas, donde se propicie una comunicación en que prime el cara a cara, se realice efectivamente una escucha activa, en que involucre todo el ser, cuidando lo que decimos en pos de una comunicación asertiva estaríamos dando pasos hacia una vinculación real con el otro.

A pesar de las vicisitudes en que se mueve la familia y la escuela, considerando que hay factores que obstaculizan la forma de relacionarse (una jornada laboral excesiva, la incorporación de la mujer al trabajo, por ejemplo), se ha observado lo importante que es contar con un adulto significativo que sea quien contenga y proteja al niño, por lo que considero de vital importancia responsabilizarse de lo que a cada quien le corresponda para volver a ser ese modelo que tanto se necesita.

Aun cuando la culpabilización pueda hacernos sentir mejor respecto a ciertas cosas que suceden a nuestro alrededor (creación de leyes, trabajo excesivo, etc) aquello no es algo que dependa de mí; lo que requiere el niño o el adolescente es justamente la coherencia que le permita moverse en el mundo, donde el mensaje que se le de sea claro y, especialmente, positivo, provocando significado en él como un elemento motivador y de esperanza.

Esto se traduce en la confianza que se le debe dar a los jóvenes (Langford 2015). Aquella es la base de cualquier relación (p. 23)

Puedo aplicar cualquier tipo de mecanismo de control para asegurarme que aquella persona realice lo que le pedí, lo que demuestra la inseguridad y el miedo de desconfiar en el otro.

No podemos perder la esperanza. Siempre es posible hacer algo más por abrir espacios de relaciones que afiancen la solidaridad entre las personas.

*“La vida me ha enseñado*

*Que la gente es amable, si yo soy amable.*

*Que las personas están tristes, si yo estoy triste.*

*Que todos me quieren, si yo los quiero.*

*Que todos son malos, si yo los odio.*

*Que hay caras sonrientes, si les sonrío.*

*Que hay caras amargadas, si estoy amargado.*

*Que el mundo está feliz, si yo soy feliz.*

*Que la gente es enojona, si yo soy enojón.*

*Que las personas son agradecidas, si yo soy agradecida”*

(Mahatma Gandhi)

Estas elocuentes palabras de Gandhi reafirman la importancia que tiene el modelaje en las relaciones humanas. En la medida que la persona sean lo suficiente coherentes, responsables y empáticas, la calidad de la vinculación de las nuevas generaciones traerá al mundo personas más plenas y felices.

**BIBLIOGRAFÍA**

Bauman, Z (2004) “Modernidad líquida”, Buenos Aires, Fondo Cultura Económica.

Lipovestky, G (2006) “La era del vacío”, Barcelona, Anagrama.

Langford, Sylvia (2014) “Upss!! Formé un mamón”, Santiago de Chile, Morgan Ediciones.

Langford, Sylvia (2015) “Los niños no son prioridad… crisis en la educación”, Las Condes,

Santiago, Flowing, S.A.

Morin, E (1999) “Los siete saberes necesarios para la educación del futuro”, París, Unesco.

Valdebenito, M. (2013) Revista Educar. Recuperado en

http://www.cide.cl/documentos/Revista\_educar\_Habilidades\_blandas\_MJValdebenito.pdf